

ESPIRITUALIDAD FEMINISTA EN TIEMPOS DE GLOBALIZACIÓN¹

GERALDINA CÉSPEDES, OP

1. De la religión a la espiritualidad

Así como la religión tiene que ver con un sistema institucionalizado de dogmas y credos con respecto a lo Trascendente que se expresa a través de ritos y liturgias, la espiritualidad es la comprensión personal de nuestra vida, de nuestra relación con lo Trascendente y de nuestro propósito como seres humanos en este mundo. La espiritualidad envuelve una parte significativa de nuestra visión del mundo, de cómo concebimos lo que es éxito o fracaso, cómo asumimos los cambios, qué visión tenemos de la sexualidad, de la política, de la relación entre hombres y mujeres, etc. Por eso, es posible encontrar a dos personas que pertenecen a la misma religión, pero tienen diferente espiritualidad. Y es posible que dos personas que pertenezcan a diferentes religiones puedan compartir la misma espiritualidad.

La espiritualidad es el modo de entrar en relación con lo Sagrado, con el Misterio. Es tomar conciencia, darnos cuenta de la presencia del Misterio en nuestra vida. Para encontrarnos con lo Sagrado, las mujeres tendremos que ir más allá de las iglesias, la religión, es decir, dar el paso de la religión a la espiritualidad. Joan Chittister nos habla de lo que supuso para ella dar conscientemente el peligroso paso de la religión a la espiritualidad: *“Aquel día empecé mi propio combate a brazo partido con Dios que ningún catecismo ni credo podía mediar. Y comprendí que, de entonces en adelante, tendría*

que atreverme a hacer las preguntas que nadie había querido nunca que hiciera”.

Atrevernos a hacernos preguntas que nunca nos hemos hecho tiene que ver con nuestra capacidad para salir de los estrechos márgenes de las instituciones. Esta es una de las manifestaciones de una vida en la que hemos hecho una opción por más espiritualidad y menos religión, es decir, más espíritu y menos estructuras porque donde abunda la institución se ahoga el carisma. ¿Qué papel tendrían las instituciones de cara a la espiritualidad? Las instituciones no tienen otro papel que ser mediadoras, facilitadoras o parteras de procesos espirituales, pero sabemos que muchas veces las instituciones se convierten en controladoras o neutralizadoras de la capacidad transformadora de la experiencia espiritual. Por eso hay gente que no entra a nuestras instituciones porque, como me dijo un día uno de mis profesores de secundaria, siente dentro un fuego y tiene miedo a que la Iglesia se lo apague.

La espiritualidad y el feminismo se confrontan y se fecundan mutuamente, porque un feminismo sin hondas raíces espirituales se desvirtúa y carece de alma. Y una espiritualidad sin las herramientas críticas que nos aporta el paradigma feminista corre el riesgo de seguir alimentando una estructura jerárquico-patriarcal que mata nuestro espíritu y consume nuestras energías. Desde esta perspectiva, creo que la espiritualidad, la teología es un espacio significativo y decisivo de nuestra lucha como mujeres. Lo que estamos palpando actualmente es que la irrupción de las mujeres está ayudando a oxigenar y transformar la espiritualidad, haciendo de la espiritualidad una forma de vida en la que compromiso y contemplación van

¹ Ésta es la segunda parte de la conferencia que la autora impartió en el XVII Encuentro de Mujeres y Teología (Santander, 24-26 octubre, 2008). La primera parte fue publicada en el nº 74 de Cultura para la Esperanza.

de la mano. Y la irrupción de la espiritualidad está ayudando a radicalizar (en el sentido de poner raíz), a fortalecer y lanzar más allá nuestras luchas como feministas. Nuestras luchas feministas han de estar transidas de espiritualidad, tener cimientos hondos para que nada ni nadie nos pueda derrumbar o nos pueda secar. Nuestra espiritualidad ha de estar atravesada por las intuiciones feministas.

Uno de los rasgos que actualmente destaca en el ámbito teológico feminista es la fuerte conexión entre teología y espiritualidad. Es decir, la afirmación de que no puede haber divorcio entre hablar de Dios y hablar con Dios. Todo hablar de Dios ha de tener como punto de partida una experiencia: la experiencia de habernos encontrado con Dios y de haberle contemplado en la realidad, en la historia, en la naturaleza, en el rostro de la gente.

1.1. Ser capaces de beber de distintas fuentes

La espiritualidad feminista es una espiritualidad que sabe beber de la diversidad socio-cultural y religiosa, perforando la realidad de nuestro entorno y de nuestro mundo para encontrar la corriente de agua que se mueve abajo en el fondo. Ser capaces de encontrarnos con Dios más allá de nuestras fronteras, al margen de los confines denominacionales, más allá de lo que ya conocemos y consideramos “nuestros territorios”. Es decir, ser personas liminales, que vivimos en la frontera de nuestra propia religión y nuestra Iglesia, siendo fieles a ella, pero abiertas a otras espiritualidades, desde una apertura al misterio y la búsqueda de una espiritualidad seria que va contra una espiritualidad a la carta o tranquilizadora.

Para beber de diferentes fuentes hay que transgredir y trascender. No podemos olvidar que trascendencia y trasgresión son dos términos que parecen distantes, pero que quieren decir lo mismo: superación de límites, ir más allá. Como señala Carter Heyward, *“trascender significa, literalmente, cruzar, tender puentes. Establecer conexiones. Desbordarse, libre de posiciones particulares”*. Trasgresión y trascendencia, entendida como trascendencia en la historia, son elementos fundamentales para vivir una espiritualidad feminista sanadora y liberadora.

La espiritualidad feminista hoy tiene que apelar a los distintos resortes que mueven el fondo del ser humano y ahí encontrar la fuerza

y la inspiración para implicarse en la lucha por revertir todas las relaciones injustas de nuestra sociedad. Esos resortes están repartidos en la complejidad de la vida, de las culturas, de las religiones. Por eso, beber de distintas fuentes significa atrevernos a ser más ecuménicas, interreligiosas e interculturales. Tenemos que ser capaces de beber de distintas fuentes, pero estando siempre despiertas y siendo críticas, pues todas sabemos que hay bebidas que nos adormecen y otras que nos despiertan.

Respecto a la capacidad de beber de diversas fuentes, quiero recoger las palabras de un grupo de mujeres que comparten su experiencia en el encuentro del VI Encuentro Feminista de América Latina y el Caribe que bajo el lema *“Sueños, deseos y locuras”* se realizó en El Salvador en 1993:

“Hemos compartido experiencias diversas de relectura bíblica. Grupos de mujeres que leen la Biblia desde su vida de mujeres. Las que allí aparecen son reconocidas en su fuerza y también en su dolor y en la violencia de que son objeto. Nuestra espiritualidad se nutre además de otras fuentes: tradiciones religiosas de los pueblos originarios, religiones orientales, una nueva relación con la naturaleza, y sobre todo nuestras propias intuiciones de lo sagrado. Estamos creando ritos y liturgias que celebran nuestros ciclos de vida. Estamos encontrándonos en comunidades ecuménicas de mujeres, donde nos sentimos acogidas y donde podemos compartir una espiritualidad liberadora”.

2. Espiritualidad y política

2.1. Lo espiritual es político

La espiritualidad feminista busca rescatar la conexión entre la dimensión mística y la dimensión ético-política de nuestra vida. Pero esa dimensión ético-política no es concebida como algo referente sólo a la esfera pública o a los cambios globales que anhelamos, sino que la política abarca toda nuestra vida, pues cuando nos lavamos la cara en la mañana estamos ejerciendo lo ético-político. La espiritualidad nos ayuda a cultivar una vida unificada y no fragmentaria en la que la política entreteje lo público con lo cotidiano y se preocupa por hacer que las convicciones feministas afecten decididamente tanto las luchas locales y globales por la justicia, la paz y la integridad de la creación como el cultivo de valores para andar por casa, es decir,



esas prácticas alternativas que podemos vivir en esos momentos en que nadie nos ve.

Esto quiere decir que no establece una separación entre los “valores para andar por casa” y los valores por los que luchamos a nivel socio-político, pues en todos los ámbitos lo que buscamos es una espiritualidad transformadora, que nos empodera y nos lanza a enderezar todos aquellos aspectos de nuestra vida y todas las realidades de nuestro mundo que mantienen encorvadas a las mujeres, especialmente a las más pobres. La espiritualidad que buscamos es una espiritualidad que despliega en nosotras un poder del que hemos sido despojadas; pero también nos hace críticas frente a cualquier forma de poder que no se manifieste como poder de dar vida, poder de consolar, de construir una nueva realidad. Desde nuestra reflexión y nuestra praxis feminista tenemos que tomarnos más en serio el tema del poder, tomando con mayor radicalidad lo que significa potenciar y practicar formas de poder compartido, un poder que no es dominar sobre las otras ni sobre los otros. Esto representa todo un desafío en nuestras organizaciones, comunidades y

grupo, pues podemos caer en ser personas con una formación intelectual feminista y a la hora de la verdad, en el cada día, en la forma de organizarnos y de actuar seguir reproduciendo el esquema androcéntrico-patriarcal o caer en la trampa de aceptar las migajas que, de forma sutil, nos deja caer el sistema socio-político y eclesial para dividirnos y para anestesiar nuestro espíritu.

La espiritualidad feminista en un mundo globalizado tiene que cultivar una mirada global, de liberación integral, de perspectivas abiertas y de armonización de lo personal y lo colectivo. Se trata de una espiritualidad que sabe echar mano tanto del microscopio para fijarnos en las cosas minúsculas de nuestra vida y de nuestro entorno y el telescopio para mirar las grandes cosas y conectar con las causas de justicia global, es decir, crecer en capacidad de conectar lo de casa con lo que sucede fuera de casa.

La espiritualidad feminista es una fuente de resistencia y una fuente de armonización de todas las dimensiones de nuestra vida. Entre resistencia y mística se da una relación circular, pues una fortalece a la otra y al revés. Es difícil

distinguir que si lo que alimenta la resistencia es la mística o es la resistencia la que va forjando una mística. Lo importante es comprender que en las luchas de las mujeres no podemos separar la mística de la resistencia y de la resiliencia. La mística se manifiesta como resistencia y resiliencia. La resistencia es mantenernos, permanecer en nuestras convicciones, seguir siendo fieles, seguir apostando por el mundo nuevo, por la utopía.

Pero quizá la resiliencia apunte más hondo, pues la resiliencia es la capacidad de resistir los golpes y de forjar una actitud vital positiva en medio de la adversidad. Es la capacidad que tenemos nosotras de sobreponernos a los traumas y experiencias desestabilizadoras, saliendo fortalecidas y con una nueva sabiduría. Esta actitud se manifiesta en la capacidad que tiene mucha gente y que tienen nuestros pueblos para superar crisis y catástrofes, para volver a levantar el ranchito después que todo ha quedado devastado. Es la capacidad que tenemos de reírnos y tomar con buen humor hasta las mismas desventuras que nos pasan y los fracasos y frustraciones que experimentamos. Es aprender a vivir como personas heridas, pero jamás vencidas.

2.2. Una visión democrática radical: lucha contra la violencia y búsqueda de la paz

La violencia es una realidad que nos rodea hoy por todos los lados, ya sea ejercida de forma abierta o encubierta. La violencia nos anula, nos hace vivir con miedo, nos mata. Esa violencia está tocando distintos niveles de nuestra vida que van desde los niveles más escondidos y domésticos hasta manifestarse a nivel más amplio, de alcance global, tal como sucede con la proliferación de armas y la mentalidad militarista en nuestras sociedades. Las luchas feministas implican asumir la tarea de desmilitarizar no sólo las estructuras, sino también la mente y el corazón.

No hay que olvidar que se da una vinculación entre patriarcado, militarismo y destrucción del medio ambiente. Las guerras conllevan la destrucción de la naturaleza: destrucción de seres humanos, de los cultivos, los animales, contaminación del aire y del agua, violación de las mujeres, etc. Pero también hay que decir que muchos conflictos actuales, que muchas veces sólo se consideran desde la perspectiva política o económica, tienen que ver con

la crisis medioambiental. Baste como ejemplo el caso de Darfur, Sudán, donde el deterioro del entorno ecológico (avance del desierto y reducción de las fuentes hídricas) han causado nuevos movimientos de nómadas y abandono de tierras que han desembocado en el conflicto armado.

La espiritualidad que anima la lucha por la justicia y la paz exige el cultivo constante de una visión democrática radical en todos los ámbitos de la vida, desde nuestra vida cotidiana, aprendiendo a cotidianizar la democracia, hasta los niveles de participación en políticas de mayor alcance en las que ha de quedar patente que nuestra búsqueda de un mundo sin estratificaciones patriarcales tiene que ver con la defensa de los derechos de los y las más pobres, migrantes, las víctimas del tráfico de seres humanos, mayoritariamente mujeres; con la lucha por la soberanía alimentaria, contra el armamentismo, con la lucha por la dignidad de las personas más allá de las fronteras de nuestro entorno. En esta tarea es importante no sólo lo que hacemos, sino cómo lo hacemos, es decir, si nuestro actuar está transido por aquellos valores que predicamos y que anhelamos para que otro mundo sea posible: el sentido democrático, la horizontalidad, la participación, el principio de la sinergia que no establece diferencias entre el actuar para sí mismo y para el bien de los demás.

Desde una visión democrática radical y desde una espiritualidad profundamente evangélica nosotras nos atrevemos a desafiar un modelo de Iglesia en el que ya no cabemos y nos vamos lanzando a crear nuevos estilos de ser y estar en la Iglesia. Cuando hablamos de nuestros sueños de una visión democrática radical dentro de la Iglesia, nos sentimos más que desalentadas y muchas veces sin esperanzas, pero también somos capaces de abrir ventanas cuando las puertas oficiales se nos cierran. La Divina Sabiduría nos sigue animando a resistir y a seguir soñando con una Iglesia donde podamos vivir el discipulado de iguales querido por Jesús.

3. Hacia una visión holística

La mirada holística es una visión no dualista ni fragmentaria de ver la vida. Una espiritualidad holística parte de la conciencia de interdependencia entre todas las cosas y de una visión que se resiste a la exclusión en aras de

prácticas incluyentes. La mirada holística deja al descubierto la precariedad de las jerarquías y exclusiones que aplicamos a las relaciones humanas, al cosmos, a la historia. Tenemos que cultivar el hábito de la interconexión de todos los hilos de nuestra vida, de todas las cosas, para así poder superar las esquizofrenias y las mutilaciones que aún hacemos en nuestra espiritualidad. Así también podemos comprender hoy que se puede hablar de una crisis de espiritualidad pues la crisis alimentaria y la crisis medioambiental, por citar sólo dos ejemplos, son claras manifestaciones de una patología a nivel de nuestro espíritu. Estamos en una crisis que va más allá de lo económico, pues se trata de una crisis de humanidad, una crisis ética que en términos religiosos llamaríamos una crisis de espiritualidad.

Nuestra espiritualidad feminista ha de abarcar todas las dimensiones y aspectos de nuestra vida, sin desvincular unos de otros (lo emocional, sexual, intelectual, socio-político, etc). Los procesos de cambio personal no constituyen un estadio separado de la lucha por un cambio socio-político y eclesial. Desde esta visión se entiende que lo *“lo personal es político”*, es decir, la experiencia personal no es privada, sino pública porque se halla condicionada por factores sociales y religiosos; pero esto también significa que hemos de transferir los principios de equidad, democracia, justicia, tanto a la esfera política como a la personal y familiar. No hay auténtico crecimiento personal sin crecimiento social y comunitario. La perspectiva holística hace que la espiritualidad mueva todas nuestras energías personales y colectivas para una transformación personal y social. Ella nos convierte hacia una mayor sensibilidad y una solidaridad más profunda con la causa de los empobrecidos, especialmente con las mujeres. La espiritualidad feminista es una forma de ver el mundo y una forma de estar en el mundo y por eso tiene que ver con todo lo que hacemos, lo que pensamos, lo que comemos, lo que celebramos.

La espiritualidad feminista es una espiritualidad que busca una transformación total, de arriba abajo y de dentro a fuera. No hay ningún aspecto de nuestra vida que no quede tocado por una auténtica espiritualidad que se ha liberado de las amarras tradicionales que reducía la espiritualidad a ciertos ámbitos de nuestra vida o que la concebía sólo con relación a la vida

interior, a la piedad, a la búsqueda de la perfección o a la práctica ascética.

La espiritualidad feminista busca armonizar como parte de un todo los elementos éticos, estéticos, místicos, políticos, personales, sociales, eróticos. A través de todos ellos la *Ruah* debe fluir libremente. Así, vida espiritual es para nosotras aquella vida en la cual la *Ruah* puede moverse sin obstáculos. Una espiritualidad holística experimenta a Dios en la totalidad de la vida, en todas las dimensiones de la realidad: la historia, la naturaleza, la interioridad de la persona, las relaciones humanas, la lucha por la justicia, el ocio, el trabajo, etc. Todos ellos son lugares donde la *Ruah* se manifiesta. Pero también la vida en la *Ruah* es una invitación a armonizar sabiamente las paradojas de la vida: experiencia de fortaleza/experiencia de debilidad; silencio/palabra; trabajo/descanso; dar/recibir; presencia/ausencia; conectar/desconectar; saber caminar acompañadas/ saber estar solas saboreando la dimensión positiva y fecunda de una soledad que enriquece nuestro mundo interior y fortalece nuestras opciones y compromisos.

Mística, ética y estética son las tres grandes dimensiones de la vida espiritual. Entre ellas hay una unidad. No es posible que la experiencia mística auténtica no esté vinculada a la ética. Y también la experiencia estética ha de desembocar en la ética. No es posible hoy tener sensibilidad estética sin luchar por la justicia. No podemos olvidar que si la espiritualidad nos lleva a inclinarnos más hacia el gozo, hacia la experiencia de la belleza y del placer es en medio de los sufrimientos y las fealdades de nuestro mundo frente a los cuales tenemos una responsabilidad. La espiritualidad feminista nos da fuerza para reivindicar que todas y todos tenemos derecho tanto a la justicia como a la belleza, como nos lo plantea la película *Pan y Rosas*.

3.1. Una espiritualidad ecofeminista

Necesitamos una espiritualidad cósmica que recupere la sacralidad del cuerpo de las mujeres y del cuerpo de la tierra en medio de una situación en que ambos cuerpos son violados y violentados de distintas formas. Esa espiritualidad nos ayudaría a recuperar el significado profundo de la carne y la sangre como componentes de la espiritualidad cristiana, una cuestión que tiene que ver con la celebración

Eucarística, con nuestro compromiso, pues la solidaridad y la justicia tienen que ver con la atención a las necesidades primarias del cuerpo. La espiritualidad nos lleva a una compasión que se expresa en el cuidado del cuerpo de los demás, especialmente los cuerpos rotos, los cuerpos que sufren, el propio cuerpo, el cuerpo cósmico.

Debido a la influencia de una antropología dualista, el cuerpo, en general, ha sido visto como algo sospechoso dentro de la espiritualidad. Hoy día se está dando una recuperación del cuerpo a todo nivel. Esto representa un signo de los tiempos que también obliga a una reflexión, pues si por un lado es importante que los cuerpos negados, reprimidos, infravalorados ocupen un lugar importante y puedan expresarse, por otro lado, hay que mantener la crítica y la sospecha a la cultura dominante que enfatiza el culto al cuerpo, cultivando la apariencia y la competencia de los cuerpos. El cuerpo bajo este sistema aparece muchas veces como un cascarón vacío, despojado de su sacralidad. Vivimos el culto al cuerpo. Por eso se nos presenta el desafío de cultivar la interioridad del cuerpo y de darle su justo lugar en el marco de una espiritualidad que ve al cuerpo en conexión con otros cuerpos, que valora su belleza, su dimensión de placer y su capacidad para expresar y crear relaciones solidarias.

La contaminación y destrucción de las fuentes de la vida: el aire, el agua, la tierra, los animales, las personas es un problema espiritual.



Si ello no es una cuestión central de nuestra espiritualidad, entonces tenemos que preguntarnos qué entendemos nosotras por espiritualidad y, concretamente, por espiritualidad feminista. También la espiritualidad feminista ha de ser una espiritualidad de la compasión ecológica, que denuncia un sistema que coloca la eficacia económica por encima de la compasión hacia todas las creaturas. Es una espiritualidad que percibe la interconexión entre todas las formas de opresión y violencia que afectan a las mujeres y a la naturaleza y que va del ámbito doméstico hasta la destrucción ecológica.

La espiritualidad ecofeminista se resiste a la apropiación capitalista patriarcal tanto de la naturaleza como de las mujeres. Dicha apropiación se manifiesta especialmente en dos efectos perniciosos para la naturaleza y para las mujeres: la sobreexplotación de la tierra y la mercantilización de la sexualidad femenina, cuya expresión más degradante lo constituye hoy día el tráfico de niñas y mujeres para fines de prostitución.

Estamos en una época de cruel explotación económica del cuerpo de la tierra y el cuerpo de las mujeres, en la que hombres en su mayoría, de forma planificada y organizada, extraen sustanciosos beneficios económicos. La mercantilización de los cuerpos de las mujeres también está en el corazón de la actual acumulación capitalista. Multinacionales del sexo se han convertido en fuerzas económicas cotizadas en la bolsa. En los Estados miembros de la Unión Europea la prostitución se ha convertido en una de las actividades económicas más lucrativas.

4. Una espiritualidad con un nuevo lenguaje

Si bien la visión feminista está oxigenando y transformando nuestra espiritualidad y como afirmaba Anne Carr: *“El feminismo cristiano y la visión espiritual que conlleva es una gracia transformadora para nuestro tiempo”*, es cierto que aún tenemos por delante la tarea de seguir recreando nuestra espiritualidad y buscar modos alternativos de comunicarnos con el Dios que es la fuente de nuestra vida. La configuración de una nueva espiritualidad pasa por el desenmascaramiento de la dinámica oculta de la dominación en el lenguaje, en la memoria, en los símbolos, los textos sagrados, la ética, la teología y el ritual de la tradición cristiana. Pero también supone desenterrar una sabiduría

ignorada o suprimida, que lleva a descubrir las historias no narradas de las aportaciones de las mujeres y que puede llevar a despertar temas teológicos adormecidos e historias despreciadas.

La espiritualidad que muchas mujeres hemos heredado ha sido una espiritualidad de la obediencia, la sumisión, el cargar con la cruz, la negación del placer, una espiritualidad dualista. La espiritualidad feminista tiene que seguir introduciendo otras claves, otros símbolos, otras palabras, otros gestos. Hay elementos de nuestra vida que han sido excluidos como expresión de nuestra espiritualidad. Pienso, por ejemplo, en lo importante que es integrar el buen humor como parte importante de la vida espiritual y como forma de conjurar a los múltiples demonios que pueden dominar nuestra vida. Se nos ha enseñado una espiritualidad muy seria y triste, se mira con recelos o se considera poco profundas a las personas divertidas, pensamos que una persona muy intelectual es seria y aburrida. Incluso en los conventos se corregía la forma de reírnos. Se reprimía la carcajada, la risa. Por eso hace falta recuperar el buen humor como una faceta importante de la vida espiritual, pues el buen humor es propio de quien confía en Dios, de quien vive con esperanza y sabe descubrir la bondad de todo lo que existe. Aquí hace falta recuperar el sentido de la espiritualidad como saborear y gustar (si nos atenemos al término *sapientia* que proviene de *sapere*, saborear y gustar).

Todo esto no significa ignorar el tema del sufrimiento como una realidad que nos afecta muy de cerca, que forma parte de la realidad de nuestro mundo, especialmente la realidad de muchas mujeres pobres y olvidadas que padecen múltiples formas de sufrimiento y de carencias. Esa realidad de sufrimiento está siempre presente, pero una espiritualidad liberadora, saludable nos ayuda a situarnos de una manera nueva y constructiva frente al sufrimiento, sobre todo nos ayuda a desarrollar una postura de rebeldía e indignación ante un sufrimiento injusto y estéril.

La tradición cristiana siempre ha tomado la experiencia del sufrimiento como uno de los lugares de la experiencia espiritual. Sin embargo, en muchos casos, esa relación entre mística y sufrimiento ha sido enfermiza y tremendamente dañina para las mujeres. ¿Qué podemos hacer para curar esta relación entre sufrimiento y espiritualidad? Es obvio que no podemos ignorar una realidad que muchas

veces nos toca en nuestra vida personal, familiar, social, ecológica. No podemos caer tampoco en vivir en el engaño ocultando nuestra vulnerabilidad, sino que al sufrimiento se le enfrenta desenmascarándolo, sacándolo a la luz, hablando de él, sin caer en el victimismo ni la mística de los lamentos. No podemos alimentar una mística del sufrimiento que tanto daño nos ha hecho a las mujeres, sino una mística de encarar el sufrimiento. La espiritualidad cristiana no es una mística del sufrimiento, sino más bien una mística de la compasión para con quienes sufren, sean los seres humanos o la misma naturaleza. Es una mística que nos ayuda a integrar las experiencias de dolor y de placer como dos polos que nos aportan sabiduría dentro de nuestro proceso de crecimiento. La experiencia de dolor tiene que ser una ocasión para abrir los ojos, para despertarnos y sacudirnos. Como dice D. Sölle: *“el placer te deja ir a dormir, pero el dolor te despierta”*.

Nuestra espiritualidad feminista se manifiesta en nuestros esfuerzos por hacer realidad un lenguaje incluyente que saque a las mujeres de la sumisión y de la invisibilidad. Pero también se manifiesta en nuestra capacidad de crear un lenguaje nuevo y saludable para todas y todos. En esa perspectiva, se trata de una espiritualidad sin miedo a considerar la disidencia, la desobediencia y la capacidad de decir No como valores que nos hacen crecer. Tenemos que desarrollar la capacidad de decir No ante cualquier sistema y estructura que ahogue la vida, ante todo aquello que no nos permite florecer. Todas las personas místico-proféticas de la historia se han caracterizado por practicar la disidencia, por decir No al César y a los valores de los sistemas de poder. Esta es una constante a lo largo de la historia que podemos ver desde Antígonas en la antigua Grecia a Juana de Arco, Gandhi, Luther King, Mons. Romero, Hna. Dorothy Stang asesinada hace tres años en su lucha al lado de los sin tierra y contra la destrucción de la selva amazónica.

4.1. Espiritualidad y nuevos rituales para una nueva época

La visión de una espiritualidad feminista toca lo más profundo de nuestra vida y de nuestras opciones. Así, son transformadas nuestras opciones formativas, (qué aprender, dónde y cómo), nuestra práctica, nuestra percepción de la realidad, nuestra relación con lo sagrado, nuestras formas de celebrar. Quiero detenerme brevemente en este último aspecto.

Nuestras liturgias muchas veces son el reflejo más perfecto de nuestra manera de entender la vida, de entender el mundo, las relaciones sociales, las relaciones entre hombres y mujeres. Desde una espiritualidad feminista, somos invitadas a hacer que las liturgias no sigan siendo una reproducción del sistema jerárquico-patriarcal, sino la proclamación de una nueva forma de relacionarnos con las personas, con Dios, con la creación, con nosotras mismas. Una nueva forma de hablar de Dios y hablar con Dios está ganando fuerza en la oración y en las liturgias celebradas por las mujeres. Algunos movimientos, como la Alianza de Mujeres para la Teología, la Ética y los Rituales (WATER), así como la creación de nuevas liturgias y las investigaciones de liturgistas feministas ofrecen un campo prometedor.

A partir de la espiritualidad feminista, las mujeres vamos recreando nuevos espacios sagrados, encontrándonos con la fuerza de la sabiduría que se manifiesta en las calles y en las plazas. Esto supone salir del encierro de la liturgia en los espacios y tiempos sagrados tradicionales para celebrar la vida, creando rituales ligados a las experiencias de lucha, sufrimiento y esperanzas de las mujeres. Uno de los desafíos que tenemos de cara a la espiritualidad feminista es buscar otros estilos de celebración que tomen en cuenta nuestras experiencias, nuestra realidad, nuestros sueños. Quizá las liturgias ecofeministas nos pueden ayudar en este sentido, sobre todo si nos fijamos en cuatro elementos fundamentales que se están desarrollando en las liturgias ecofeministas: la importancia de nuestros cuerpos como medios de expresión y comunicación de nuestra espiritualidad, la dimensión comunitaria, la ligazón con el cosmos y el protagonismo de las mujeres de ayer y de hoy, siendo especialmente importante el hacer memoria de las mujeres que han resistido y están resistiendo como fuente de espiritualidad, en cuanto que ellas nos inspiran y suscitan en nosotras indignación, esperanza y agradecimiento.

Esa espiritualidad despierta nuestra creatividad para expresar nuestra conexión con el Misterio y nuestra comunión con todas las cosas a través de nuevos símbolos, nuevas palabras (cantadas, escuchadas, recitadas, dibujadas, pintadas, balbuceadas), nuevos movimientos de nuestros cuerpos, nuevos rituales y celebraciones a través de los que celebramos la vida, renovamos la esperanza y anticipamos nuestros sueños de justicia y equidad.

